

ningún provecho. En este camarín compusimos con bastante decencia un hueco para capilla, donde colocamos por titular a Nuestra Señora de Loreto... Tomamos por Patrón de esta isla de Falalep a Nuestro Padre San Ignacio.

Uno de mis primeros cuidados fué asegurar la casa con una buena cerca. Luego fui a dar una vuelta por estas islas a enarbolar las cruces, bautizar a los niños y catequizar de paso a los adultos. Los niños ya bautizados hasta el día de la fecha son 127. Las almas que tengo empadronadas en las ocho islas pobladas son 592. La distribución que tenemos en la doctrina es esta: Después de la misa (a la cual asisten muchos fuera de las puertas, por las cuales están mirando con admiración y silencio aquel santísimo sacrificio) vamos enseñando a los hombres grandes y pequeños las oraciones y las preguntas de la doctrina, que he traducido a su lengua, la cual es muy diferente de todos los idiomas de Filipinas y Marianas; pero se roza mucho con la lengua de Ulié que yo había aprendido en Marianas. Luego por la tarde enseñamos de la misma suerte a las mujeres, y acuden a la doctrina muchos de ambos sexos y de todas edades, con deseo de aprenderla y bautizarse. En las otras islas donde nosotros no asistimos, van enseñando la señal de la cruz y las oraciones algunos muchachos, y cuanto antes enviaré otros mejor instruidos para que hagan el oficio de catequistas. Todas las noches rezamos los de casa todos juntos el santísimo rosario y la letanía de la Virgen, y cantamos la salve con notable gusto de estos indios que quisieran saber el mismo rezo y canto, para acompañarnos en el obsequio de la Virgen Santísima.

Es digna de reparo la singular providencia con que Dios nos deparó un intérprete natural de estas islas. Este es un mozo, el cual volviendo de Yap el año 1725 con 35 bancas de su comitiva a algunas de estas islas y otras de Ulié, por un temporal que les cogió en la travesía, se apartó de las demás bancas y encontró el patache en que iba de Gobernador a Marianas el General D. Manuel Argüelles, el cual convidó a todos los que iban en la banca (que eran muchos hombres, mujeres y niños) para que dejasen la banca y se fuesen con él a Marianas en el patache. Cuatro mozos, y entre ellos nuestro intérprete que se llama Digal, dejaron la banca y se fueron a Marianas... Cuatro años estuvo Digal sirviendo al General Argüelles y después de su muerte pasó a servir a los Padres. Cuando yo llegué a Marianas le hallé todavía en

estado de catecúmeno... Le bauticé el día de Pascua de Reyes de este presente año con el nombre de Gaspar de los Reyes y se ha demostrado hasta ahora muy fiel y muy sólido en la fe y de buenas costumbres.»

Refiere después el P. Cantova algunas particularidades sobre las costumbres y supersticiones de aquellos indios y al fin de su carta escribe lo siguiente: «Aquí tenemos suma falta de bastimentos, por eso mando aperebir el barco para ir a Marianas a cargar arroz, maíz y carne, y procuraré ir antes que llegue el galeón para conseguir de los Padres dos compañeros para estas misiones.» Firma la carta el 12 de Mayo de 1731 y luego añade en postdata: «Después de escrita esta carta y con el barco ya aperebido para Marianas, me determiné quedarme en estas islas, y enviaré al P. Victor Walter, para que solicite en Marianas nuestro socorro. La causa de esta mudanza ha sido el haber reconocido en los naturales de esta isla notable mudanza y especialmente en el Tamol de esta isla (aunque se esfuerce en mostrarnos buena cara). He reconocido que tiene el ánimo muy alterado, así que llegaron acá unas bancas de la Carolina, en las cuales vino un indio de las islas de Ulié, que ya estuvo en Guán, y presumo que este mozo ha llenado los oídos a estos naturales con los muchos trabajos que tienen en Marianas los indios por causa de aquel presidio. Por este motivo nos hemos recelado que estando yo ausente haya algún alzamiento, el cual puede ser se evite con el divino favor estando yo presente. Y porque el barco no va seguro sin un Padre, mi compañero el P. Victor me ha aconsejado que le deje ir a Su Reverencia y que yo me quede, pues parece ser que estos naturales me tienen a mí mucho respeto... Yo, pues, me quedo no sin algún temor de que se malogren estos felices principios. Yo tendré suma dicha en morir por quien murió por mí en la Cruz» (1).

6. Ejecutóse a la letra lo que nos dice en su carta el P. Cantova. Su compañero el P. Walter se embarcó en aquella pobre lancha que le había de conducir a Carolinas, llevando consigo

(1) Esta carta fué publicada en el *Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid*, t. X, p. 263 (primer semestre de 1881). En el mismo tomo, p. 320, está reproducido el mapa de las islas de los Garbanzos, delineado por el P. Cantova y enviado con la carta al P. Provincial. El original de ambos documentos existe en el Archivo de Indias, 69-2-2.

algunos hombres de Marianas y también algunos indios de Falalep, a los cuales invitó suavemente a que le siguiesen. Partió de aquella isla el 31 de Mayo de 1731. Enderezó el rumbo a las Marianas, pero la ruin embarcación que le conducía no pudo vencer la fuerza de los vientos y de las corrientes, que la impelían con gran fuerza hacia el Oeste. Hubo de resignarse a dejarse llevar por los vientos y las aguas, y al cabo de un mes dió vista al Archipiélago filipino. Por el mes de Julio, no sabemos en qué día, desembarcó en Manila. Entregó al instante al P. Provincial la carta que traía del P. Cantova y el mapa que éste había delineado de las islas de los Garbanzos.

Consultóse todo el negocio con D. Fernando Valdés Tamón, Gobernador de Filipinas, y véase lo que se resolvió, según nos informa el mismo Gobernador escribiendo al Rey Felipe V: «No habiendo podido el P. Victor Walter coger las Marianas, por las corrientes muy recias y poco suficiente embarcación, se vió precisado a arribar a estas islas, entrando por el embocadero el mes de Julio del año inmediato pasado. Consideradas las circunstancias del estado de aquella misión, por lo que escribió dicho Padre Juan Antonio Cantova, expresó su compañero y manifestó el mapa, habiéndose discurrido distintos medios de introducir el socorro en aquellas islas, y ofreciéndose distintas dificultades para su práctica, se tomó por última deliberación, con acuerdo de inteligentes, que siendo el tiempo más proporcionado para ir de las Marianas a las Carolinas a mediados de Febrero, se introdujese en el patache para dichas Marianas el socorro de gente y lo necesario para las Carolinas, con un barco pequeño en rosca que se mandó fabricar, para que aquellos Padres misioneros le tuviesen a su disposición. La Compañía de Jesús da 1.648 pesos para esto. Habiéndolo así ejecutado, queda todo prevenido para el embarque en el patache *San Fernando*, que este año hace viaje a las islas Marianas, con la orden de que a su tornavuelta venga a reconocer las Carolinas, introducir su socorro y dejar en ellas el barco pequeño que va en rosca. Esto se escribía el 6 de Julio de 1732» (1).

Veamos el éxito peregrino que tuvo esta expedición preparada en Manila. Nos lo refiere el mismo Gobernador de Filipinas

(1) Archivo de Indias, 69-2-2.

en una carta que ha visto en parte la luz pública. Dice así: «El P. Walter estuvo un año entero esperando el navío que de dos en dos años se envía a las islas Marianas, y no se embarcó hasta el día 12 de Noviembre de 1732. Después de tres meses y medio de navegación, pereció el navío en la misma entrada del puerto (1). No entibió el celo de los misioneros de las Marianas tan fatal suceso. Hicieron construir otro navío y lo cargaron de provisiones, para no dejar por más tiempo sin socorro al misionero de las Carolinas. Se embarcó el P. Walter el 31 de Mayo de 1733 con el H. Levino Schrebel y otros 44 pasajeros, de los cuales 25 eran soldados. Después de nueve días de navegación se hallaron cerca de las islas y dispararon muchas piezas de artillería para llamar a los isleños y dar aviso al P. Cantova de su llegada. Pero no pareció bareo alguno, y comenzaron a sospechar que los bárbaros habían muerto al misionero. Tomaron la resolución de entrar en la bahía, que forman dos islas, de las cuales la mayor se llama Falalep, y se acercaron a tiro de pistola de tierra. Conocieron entonces que su casa había sido quemada, la cruz quitada de allí y que no parecía señal alguna de cristianismo.

En fin, se acercaron al navío cuatro barcos pequeños de los isleños, llevando cocos al bajel. Se les preguntó en su lengua, cómo estaba el P. Cantova y sus compañeros, y respondieron, embarazados, que se habían ido a la isla grande de Yap; pero el susto retratado en sus semblantes y el no haber querido venir a bordo, aun a la vista del bizcocho, del tabaco y de otras cosas que estiman, no dejaron duda que habían quitado la vida al misionero. Se pudo coger a uno de los isleños y subirle en el navío. Viéndolo los otros se echaron a nado, dejando sus barcos y dando grandes voces. Se dispararon algunos mosquetes para intimidarlos. No hallándose paraje para anclar y no pudiendo salir de la bahía por la calma, tuvieron que pasar en ella la noche. La mañana siguiente se hallaron cerca de las últimas islas, y el mismo día las perdieron de vista. Navegaron tres días enteros con ánimo de llegar a la isla grande de Yap; pero no sabiendo

(1) Según el P. Murillo Velarde (l. IV, c. 23), ocurrió esta desgracia al acercarse el patache a Merizo, pueblo de las Marianas, donde tal vez querrian desembarcar los navegantes.

en qué grado estaba ni el rumbo que habían de seguir, jamás la pudieron avistar.

Entretanto, dando toda seguridad al isleño que tenían a bordo si decía la verdad, le hicieron las preguntas necesarias. Confesó que poco después de haber partido el P. Walter, se había dado la muerte al P. Cantova y a sus compañeros. Las circunstancias fueron las siguientes: Se había ido el P. con su intérprete y dos soldados a la isla de Mogmog a bautizar un adulto que se hallaba en peligro próximo de muerte, y los otros compañeros se quedaron en la isla de Falalep a guardar la casa del misionero. Luego que entró en la isla, se juntaron en gran número los isleños armados de lanzas, y dando alaridos se abalanzaron furiosos hacia el misionero. Llegóse a ellos el Padre lleno de mansedumbre, y acercándose a ellos les dijo: ¿Es posible que me queráis quitar la vida? ¿Qué mal os he hecho? Vengo a predicaros las verdades eternas y ponerlos en camino de salvación; ¿puedo haceros mayor bien? —Tú vienes, le respondieron, a destruir nuestras costumbres y nuestras usanzas. No queremos ser cristianos. Y sin más palabras le dieron tres botes de lanza, uno en el corazón y los otros dos en el costado. Al primer golpe cayó el Padre en tierra, levantó las manos al cielo, y con los otros dos golpes entregó el alma a su Criador.

Al punto le despojaron los isleños de sus vestidos, envolvieron su cuerpo en una estera y lo enterraron debajo de una choza, lo que entre ellos es sepultura honrada y que no se concede sino a los principales de la isla. Con el mismo furor mataron a los compañeros del misionero y pusieron sus cadáveres en un pequeño barco y lo abandonaron a las olas y vientos. Habiendo ejecutado estas crueldades en el Padre y sus compañeros, corrieron a la isla de Falalep, donde estaban los otros compañeros. Viendo estos a los bárbaros llenos de rabia y furor se pusieron en defensa y dispararon los cuatro cañones pequeños que tenían delante de su casa y mataron a cuatro de los bárbaros. Se defendieron los otros con sus sables y espadas, pero oprimidos, en fin, por el número y no pudiendo resistir más a la multitud murieron todos a lanzadas y sus cuerpos fueron sepultados en la orilla del mar. Los cristianos que perecieron en esta ocasión fueron 14, es a saber: el P. Antonio Cantova, ocho españoles, cuatro indios nacidos en Filipinas y un esclavo de poca edad. Otro joven de Tagala en las Filipinas, fué el único a quien se perdonó la vida,

porque de lástima le adoptó por su hijo uno de los principales de la isla. La casa del misionero fué saqueada por los bárbaros que repartieron entre sí lo que en ella hallaron» (1).

Tal fué el éxito infeliz que tuvo la misión de las islas Palaos y Carolinas. La Compañía perdió seis religiosos en esta difícil empresa, tres ahogados en el mar y los otros tres (los Padres Duberón, Cortil y Cantova) asesinados por los bárbaros, rebeldes a la predicación evangélica. El P. Walter volvió en su navío a las islas Marianas y desde este año 1733 no sabemos que intentase la provincia de Filipinas ninguna nueva expedición para predicar la fe en el archipiélago de las Carolinas. Es verdad que de tiempo en tiempo se pudieron recoger así en Marianas como en Filipinas algunos indios carolinos arrastrados a ellas por la tempestad. De estos indios infieles adquirió el P. Delgado algunas noticias sobre las islas Palaos y Carolinas, que tuvo cuidado de consignar en su historia, pero no nos dice que se tratase de nuevo de renovar la misión emprendida por el P. Cantova.

Continuó como antes la misión en las islas Marianas. No parece que ocurriese en aquel país ninguna mudanza sensible en la marcha de la cristianidad. Tres o cuatro mil indígenas, todos cristianos y catequizados por siete u ocho Padres de la Compañía, continuaban viviendo en aquel rincón del mundo, sin saber apenas lo que sucedía en el resto de la tierra. El citado P. Delgado, que escribía en 1754, al describir los ministerios espirituales que ejercita la Compañía de Jesús en Filipinas, termina su exposición advirtiéndonos, que en las islas Marianas existe un colegio en el pueblo de Agaña con seminario de indios naturales del país. Además enumera los ocho pueblos siguientes que existen en aquella tierra: Agat, Marizo, Pago, Guaján, Inaraján, Umata, Tora y Saipán. Estos dos últimos nombres son de islas más bien que de pueblos. Así perseveró la misión de Marianas durante toda la primera mitad del siglo XVIII.

(1) *Cartas edificantes y curiosas*, t. XIII, p. XI. Es un fragmento que se inserta íntegro en la carta preliminar que sirve de introducción al tomo.

CONCLUSION

Hemos llegado en nuestra narración al año 1758. Volviendo ahora los ojos al espacio recorrido en toda nuestra historia, bueno será dirigir una ojeada sobre la universal Compañía y muy en particular sobre nuestra Asistencia de España, para formarnos idea de lo que era nuestra Orden, cuando se desató aquella borrasca sin ejemplo, que había de terminar con la supresión de la Compañía. Aunque ésta tuvo diversas alternativas, según la variedad de países y según el diverso estado de paz o de guerra en que vivió, aunque en algunas regiones hubo de padecer mermas dolorosas por las guerras, destierros, persecuciones y todo género de calamidades, sin embargo, es muy cierto que, considerando en conjunto el estado de toda la Orden, fué siempre la Compañía avanzando más o menos y creciendo en el número, así de los sujetos como de los domicilios.

No hemos visto catálogo universal del mismo año 1758, pero tenemos a la vista el que se imprimió poco antes en Roma el año 1749. Según este catálogo, la Compañía de Jesús poseía en todo el mundo los domicilios siguientes:

24 Casas Profesas.
61 Noviciados.
669 Colegios de externos.
176 Convictorios o colegios de internos.
335 Residencias.
273 Misiones.

Total... 1.538 Domicilios.

El número total de religiosos, según el mismo catálogo, era 22.589, de los cuales eran sacerdotes 11.293. Esta Orden tan numerosa se hallaba difundida por casi toda la redondez de la tierra. La actividad espiritual de sus individuos se ejercitaba en

los más variados ministerios. Los jesuitas educaban en sus colegios a una inmensa multitud de jóvenes del pueblo, que después se transformaban en sacerdotes ejemplares, en magistrados íntegros, en militares valientes, en letrados ingeniosos. Los seminarios de nobles abiertos en varias naciones, proporcionaban una educación cristiana y al mismo tiempo elegante y distinguido a la flor de la nobleza europea. En Roma, en España y en Flandes, nuestros religiosos formaban clero ejemplar para Alemania, Inglaterra, Irlanda y otros países septentrionales, trabajados por las herejías. Al mismo tiempo salían de nuestros colegios y residencias numerosos misioneros y predicadores populares, cuyo celo apostólico renovaba espiritualmente la faz de los pueblos. En las cárceles y en los hospitales se hacía sentir la presencia bondadosa del jesuita y las innumerables congregaciones fundadas y sostenidas por los hijos de San Ignacio, conservaban en el pueblo cristiano la luz de la fe y el vigor de la piedad. En sus cátedras defendían siempre la doctrina ortodoxa y los derechos de la Silla Apostólica, y por esto sin duda los mismos impíos consideraban a los jesuitas como los más aguerridos defensores de la Iglesia de Dios.

Si contraemos la consideración a la Asistencia de España, hallamos en el mismo catálogo de 1749 que los jesuitas españoles estaban divididos en las provincias de Castilla, Aragón, Toledo, Andalucía, Cerdeña (1), Perú, Chile, Quito, Nueva Granada, Mejico, Paraguay y Filipinas. Estas provincias contaban los domicilios siguientes:

5 Casas Profesas.
12 Noviciados.
196 Colegios de externos.
33 Convictorios o colegios de internos.
54 Residencias.
20 Misiones.

Total... 320 Domicilios y 5.114 sujetos.

El bien espiritual que se recogía en todas estas provincias y

(1) Ya dijimos en el prólogo del tomo primero, que en la antigua Compañía la provincia de Cerdeña perteneció a la Asistencia de España, porque la fundaron los Padres de la provincia de Aragón.

domicilios lo ha podido ver el lector por el curso todo de nuestra historia y de un modo especial por este séptimo tomo que tiene a la vista. En 117 colegios establecidos en la Metrópoli se daba enseñanza gratuita a innumerables niños del pueblo, quienes por de pronto aprendían el catecismo y el santo temor de Dios y adquirían después una cultura que les había de asegurar un puesto digno en la sociedad. Numerosas parejas de misioneros recorrían nuestras campiñas y santificaban al pueblo, que como conservaba todavía muy entera su fe, respondía admirablemente a la acción apostólica del ministro de Dios. En diversos colegios y en casas aparte fundadas para este fin se daban los Ejercicios Espirituales a personas escogidas que por este medio alcanzaban un alto grado de perfección religiosa. Numerosísimas congregaciones ejercitaban actos de religión y de caridad cristiana, contribuyendo notablemente a la reforma y santificación de las costumbres en nuestras ciudades.

Si de España pasamos a las colonias ultramarinas, la acción de la Compañía de Jesús se nos muestra todavía más edificante y grandiosa. En las ciudades de españoles ejercitaban generalmente los ministerios sagrados de púlpito y confesonario y las tareas literarias de la enseñanza, como en las poblaciones de la Metrópoli. Empero siendo en aquellas regiones mucho más escaso el clero secular y regular, se hacía sentir por lo mismo más que en España la acción benéfica y moral de la Compañía. Pero donde más resplandecía el celo de nuestros Padres era en las misiones de infieles. Ellos se habían atrevido a penetrar en regiones insalubres, como las de Mojos y Chiquitos, cuya entrada solía ser para los europeos un peligro de la vida. Habían fundado pueblos y misiones estables con indios salvajes, a quienes nadie había podido sujetar. Habían introducido en tierras estériles o refractarias, las semillas y los ganados de Europa, con los cuales adquirieron los indígenas cómodos medios de sustentarse. Finalmente habían difundido por continentes desconocidos, junto con la fe de Jesucristo, el amor al Rey a las cosas de España. Con razón observan muchos autores modernos, que al desterrar Carlos III a los jesuitas, rompió el vínculo más estrecho que unía a la Metrópoli con las colonias americanas.

Todo este bien inmenso que producía una Orden religiosa en toda la redondez de la tierra, vino a perderse en aquel naufragio nunca visto, que padeció la Compañía en la segunda mitad

del siglo XVIII. Desde tiempos atrás los impíos habían puesto la mira en quitar de en medio a una Orden religiosa que les estorbaba. Durante algunos años se estuvo fraguando en las tinieblas la temible conjuración de filósofos, jansenistas y políticos contra los hijos de San Ignacio. Por fin, en el año 1758 empezó a las claras por el reino de Portugal la persecución contra la Compañía de Jesús. Quince años duró aquella guerra encarnizada que dió por resultado la supresión de nuestra Orden por el Papa Clemente XIV en 1773. No entraremos en la narración de este complicadísimo suceso, que pide historiador e historia aparte, si se ha de hacer como conviene. Nosotros, agradeciendo a Dios el habernos sostenido tantos años hasta concluir la historia que ha visto el lector, alzamos la pluma, dejando a otros la tarea de continuar nuestra obra.